

LA PROFESIÓN BIBLIOTECARIA AL DESNUDO



Secretos, placeres, defectos, infidelidades y otras intimidades...

No es fácil conseguir que se “desnude” la profesión bibliotecaria, es decir, conocer algunos de los secretos, sentimientos o vivencias de las personas que se encargan de coordinar, mejorar, mantener y sacar adelante estas instituciones cada vez más imprescindibles en nuestra sociedad. No ha sido fácil, pero desde la revista Mi Biblioteca lo hemos conseguido y aquí ofrecemos los sorprendentes –o no tanto– resultados de esta indagación que ha sido posible gracias a los testimonios de 48 profesionales del mundo bibliotecario. Personas valientes que se han atrevido a sincerarse con nuestras “desvergonzadas” preguntas.

Introducción

El procedimiento fue sencillo: ofrecer la posibilidad (a través de listas de correos profesionales y de nuestra propia base de datos) de responder libremente a un breve cuestionario difundido públicamente durante el mes de marzo de 2024. Libertad ha sido la clave: para aportar los datos que cada persona quisiera, para contestar a las preguntas y del modo en que cada cual prefiriera. La acogida de la iniciativa ha sido muy positiva. En solo unas semanas 48 profesionales nos han brindado generosamente todo tipo de respuestas: irónicas, humorísticas, intimistas, detalladas, evasivas... Igual que las preguntas podían tener doble sentido, las respuestas también han estado a la altura en ingenio y en perspicacia. Hay personas que nos han proporcionado todos los datos requeridos, en cambio otras han preferido permanecer en el anonimato. También ha habido preguntas sin responder. Todo con la mayor libertad. Incluso algunas participantes se han lanzado a enviarnos una fotografía suya en la biblioteca, más o menos atrevida, pero todas muy personales. Son las imágenes que ilustran este reportaje. Por cierto, todas las fotografías son de mujeres porque son ellas quienes han respondido mayoritariamente a nuestra decente propuesta y, sobre todo, porque han sido las únicas que se han aventurado a compartir sus imágenes con la gran comunidad lectora de *Mi Biblioteca*.

Se podría objetar que la muestra no es científicamente representativa. Cierto. Pero también podemos afirmar que es una muestra con una razonable representatividad cualitativa. Sobre todo por la procedencia geográfica de quienes han tenido a bien participar y por la diversidad del tipo de bibliotecas y centros en que trabajan: bibliotecas escolares, bibliotecas universitarias, bibliotecas municipales, bibliotecas públicas del estado, bibliotecas especializadas, redes de bibliotecas, centros de documentación públicos y privados, etc.

Respecto al contexto geográfico, las respuestas nos han llegado desde localidades de 13 de las 17 comunidades autónomas de España, y desde cuatro ciudades de otros tres países: Bogotá (Colombia), Río de Janeiro y Fortaleza (Brasil) y Lima (Perú). Aunque no podemos revelar datos personales, sí creemos que merece la pena detallar los municipios españoles representados en este reportaje, ordenados por comunidades autónomas. Andalucía: Baena y El Carpio (Córdoba), Hué-

tor Santillán y Monachil (Granada), Almería y Málaga. Aragón: Zaragoza. Cantabria: Santander. Castilla y León: Salamanca y Ávila. Cataluña: Badalona. Extremadura: Hornachos y Guareña (Badajoz). Galicia: Nigrán (Pontevedra), Sober (Lugo) y A Coruña. Islas Baleares: Vilacañas (Ibiza) y Calvià (Mallorca). Islas Canarias: Arrecife (Lanzarote). Madrid: Madrid y Colmenar Viejo. Murcia: Totana, Caravaca de la Cruz y Beniel. País Vasco: Donostia, Leioa (Vizcaya) y Vitoria-Gasteiz. Comunidad Valenciana: Llutxent y Massamagrell (Valencia) e Ibi (Alicante).



Beatriz Molina en la Biblioteca Río Monachil (Monachil, Granada).

Las preguntas del cuestionario se corresponden con cada uno de los apartados de este reportaje. Obviamente no hemos podido incluir todas y cada una de las respuestas recibidas, aunque nos hubiese gustado porque no tienen desperdicio, pero no ha sido posible por cuestiones de extensión. Somos conscientes de que todavía quedan aspectos de la pro-

fesión bibliotecaria que podrían “desnudarse” aún más, pero estamos convencidos de que resulta mucho más elegante dejar también espacio para lo sugerido y no mostrado, para lo insinuado sin dejar todo a la vista. De nuevo, muchas gracias a las 48 personas que han tenido la valentía y la generosidad de aportar su testimonio y de mostrarnos una parte significativa de sus encantos...

Los secretos bibliotecarios mejor guardados

A las personas que trabajan como bibliotecarias las rodea cierto halo de misterio. Quizá porque tienen acceso permanente a todos los secretos de todos los libros que descansan en las estanterías, o porque custodian las llaves para acceder a los ejemplares más codiciados. Pero quizá es, también, porque tienen muchos secretos propios.

Por ejemplo, que leen menos de lo que la gente cree: ¡incluso dicen que no se han leído todos los libros de la biblioteca! Y aunque en varias de las respuestas a esta pregunta se repite la opinión de que los secretos no deben ser desvelados (o que definitivamente no hay secretos), otras se han aventurado a contar algunos.

Hay quienes perdonan sanciones con los libros pasados de la fecha de devolución, y quienes aseguran que les gusta saltarse las normas para favorecer a lectoras y lectores. Pero también existe quien afirma justo lo contrario: “mi secreto mejor guardado era decirles a los

usuarios que el programa informático no me dejaba hacerles un préstamo cuando se habían pasado *muuuucho* de la fecha de devolución o si tenían demasiados documentos en préstamo. También había gente que se hacía el carné de préstamo y volvían al cabo de un año a recogerlo, entonces les decía que el carné estaba bloqueado y tenían que volver la semana siguiente... muchos no aparecían nunca más”.

Es que, al parecer, en las bibliotecas se viven todo tipo de experiencias. Entresijos amorosos, cotilleos, incluso ver a un político local robando películas. Una bibliotecaria tiene microrrelatos escritos por ella en algunas antologías que están catalogadas y disponibles en las estanterías (pero no lo sabe casi nadie), mientras que otra acostumbra a autoprestarse libros recién catalogados. Y eso no es todo, alguien más afirma: “a veces nos gustaría forrar libros para el préstamo a usuarios concretos, que no los cuidan demasiado”.

Y como siempre que se busca conocer más sobre secretos, surgen algunos que pueden generar alguna polémica. Como la bibliotecaria que asegura: “no me gusta leer en papel y odio los clásicos”. O quien opina que están anticuados. O una costumbre que aparece en más de una respuesta: recomendar u opinar sobre libros sin haberlos leído. O la persona que declara negarse a animar a la gente a leer, y a quien los eslóganes de fomento de la lectura le producen vergüenza ajena.

Pero existe algo que une a la mayoría de quienes trabajan en bibliotecas, y es la convicción



Aurora Rapún en la Biblioteca Pública Municipal de Massamagrell (Valencia).

de que la biblioteca es de las personas que la usan. Aseguran que se esfuerzan por atender con servicios de calidad, que respetan la privacidad, los procedimientos, y tienen mucha paciencia. Les motiva hacer sus tareas lo mejor posible, tener la mente clara y una sonrisa franca para mediar. En algunas bibliotecas llaman por su nombre a la mayoría de las personas usuarias (incluso hay quien afirma que, “a los fieles devotos de esta nuestra liturgia, no les exijo el carné”).

Aunque, la verdad, es que la dedicación y el compromiso que demuestran cada día en su trabajo no son ningún secreto.

Los mayores placeres bibliotecarios

La profesión bibliotecaria, como otras, está llena de placeres y de sinsabores, así como de momentos más rutinarios o tediosos. En esta ocasión, las personas que han colaborado en este reportaje y se han mostrado “al

desnudo”, confiesan cuáles son sus mayores placeres bibliotecarios. Muchas de esas satisfacciones están relacionadas con el trato con el público usuario, pero también con los materiales (especialmente con los libros nuevos), con los espacios y el ambiente, así como con determinados proyectos o tareas concretas.

Está claro, y tiene su lógica, que las personas que dedican su tiempo y esfuerzo a atender a las necesidades bibliotecarias de la población disfrutan mucho cuando reciben muestras de satisfacción o agradecimiento por parte del público usuario: “Resolver las dudas o problemas de los usuarios de la biblioteca, a veces, incluso alargando mi horario de trabajo para adaptarme a las necesidades de algunos de ellos. Cuando una persona sale de la biblioteca satisfecha es un gran placer para una bibliotecaria”. La sonrisa, la conversación y la confianza del público usuario son grandes placeres para quienes lo atienden.



Mari Ángeles Alonso en la Biblioteca Municipal Torrente Ballester de Salamanca.

Además de responder a las consultas bibliográficas y documentales, un aspecto concreto de la atención a las personas usuarias es la recomendación de lecturas, algo que también suele producir placeres bibliotecarios. Recomendaciones que enamoren y hagan disfrutar, incluso llegar a “cambiar la vida de alguien con la recomendación de un libro”.

Una bibliotecaria resume de este modo las principales satisfacciones de su trabajo: “promover el acceso al conocimiento; estimular el placer de la lectura; valorar las oportunidades para facilitar el aprendizaje y la educación de los usuarios de la biblioteca”.

Las charlas sobre libros, el trato cotidiano, en definitiva, la relación con las personas usuarias, sobre todo cuando son grandes lectoras, es otra gran fuente de placer, lo que queda reflejado en expresiones como: “encontrar lectores que tengan un amplio gusto por la lectura y se dejen recomendar, y luego ellos también recomienden libros de calidad”.

Algunas personas han señalado su satisfacción al “escuchar a usuarios especializados e investigadores reputados de los que aprendo mucho”, o “conocer en persona a escritores admirados”.

Pero también existen profesionales que confiesan disfrutar al “pillar a un usuario sancionado que quiere *colarme* un préstamo (jejeje)”, o directamente al sancionar a reincidentes.

Mención aparte merece el trato con el público usuario infantil, que con sus gestos inesperados (regalo de un dibujo, abrazos espontáneos a la bibliotecaria, o elección autónoma de sus lecturas) consiguen hacer disfrutar mucho a quienes trabajan en la biblioteca.

Otro de los grandes placeres bibliotecarios es el encuentro físico (e incluso sensual) con los materiales nuevos que llegan a la biblioteca. Hay uno de los sentidos que sobresale sobre el resto: el olfato. Por eso se repiten expresiones como “el olor a libro nuevo” o “esnifo las cajas de novedades antes que nadie”. El olor y también el privilegio de la prioridad: “leer esos libros que esperan los lectores con ansiedad antes que ellos”.

Esa posibilidad de manejar ejemplares que nadie nunca ha tocado, que vienen directamente de la imprenta, o libros recién forrados. En algunos casos, ese placer es compartido generosamente con las personas usuarias: “sin duda abrir las cajas con las nuevas adquisicio-

nes y descubrir con los usuarios los títulos adquiridos”. También la catalogación de los libros nuevos para que se lo lleven en préstamo o el privilegio de ser la única o de las pocas bibliotecas que tienen algún libro.

Así mismo, resultan placenteros para el personal bibliotecario algunos proyectos llevados a cabo en el ejercicio de su profesión, desde crear desde cero una biblioteca hasta salir de los muros de la institución para realizar actividades con la gente del barrio. Desde gestionar un club de lectura hasta reorganizar estanterías, organizar veladas poéticas o realizar adaptaciones teatralizadas de novelas favoritas.

Algunas de las personas que han ofrecido su testimonio reconocen disfrutar simplemente, y nada menos, del espacio y el ambiente en el



Lali Cortés en la Biblioteca Pública Municipal Eugenio Frutos de Guareña (Badajoz).

que trabajan: "caminar por los pasillos de los fondos de libre acceso y hojear cada volumen de la colección bibliográfica". Una sala de lectura desocupada y en total silencio puede ser también una fuente de felicidad.

En definitiva, disfrutar del ambiente como es o soñar con cómo podría ser: "aquí pondría la biblioteca de semillas, aquí un velador con dos orejeros, aquí estaría el huerto, aquí entraría la biblioteca de objetos...".

Hay quien dice que el placer suele ser más intenso al final..., cuando se cierra la biblioteca y el personal se queda solo, sin público que atender: "después de una jornada dura, apagar luces y quedarme sentado en mi puesto sin nadie alrededor, en silencio y hacer balance del día".

Tatuajes (reales o metafóricos) relacionados con el mundo bibliotecario

Según la información recogida para este reportaje, la mayoría de los tatuajes relacionados con el mundo bibliotecario son metafóricos.

Pero existen también quienes han resignificado algún tatuaje para darle sentido literario, como: "tengo un dragón... no me lo hice pensando en ello, pero... es personaje de novela fantástica, ¿no?", y alguien más que declaró tener tatuados los nombres de sus hijos en una caligrafía especial.

Igualmente surgieron ideas de frases que quizá inspiren a quienes tengan la motivación pero les falte el contenido para tatuarse: "Las bibliotecas que somos"; "No me paso todo el día leyendo"; "Leer es un placer"; "Ven a la biblioteca, si no encuentras lo que buscas, lo buscamos contigo"; "La lectura por placer es un privilegio"; "Leer te salva"; "El libro es el mejor amigo del hombre"; "La lectura si es compartida, mejor".

Y algunas personas se negaron de forma tajante a considerarlo. Desde quien admite que odia los tatuajes, quien prefiere la página en blanco y repleta de posibilidades, y quien elegiría mejor una calcomanía con la frase "Prefiero no hacerlo" (de *Bartleby*, Herman Melville), hasta quien considera como un tatuaje la herida que se hizo en la frente cuando se le cayó encima un ejemplar de *El Quijote*.

Entre las personas que sí tienen tatuajes bibliotecarios en la piel, aparecen como temas

El Principito, Harry Potter y Tolkien. Como elementos, un tatuaje de libro, otro de concha, uno de tejuelo, un emoticono de sonrisa y un título de poema.

¿Imaginarios o deseados? La cédula bibliotecaria de una Bula de Pío V que prohibía el robo o enajenación de libros de las bibliotecas monásticas y conventuales, cualquiera de los tatuajes que lleva el protagonista de "El hombre tatuado", el cuento de Ray Bradbury, el círculo de los Cinco de Enid Blyton, donde aparecen los personajes, un árbol con libros colgados, lámpara y búho (símbolo de sabiduría), o estantes con libros.

Pero además de esta mirada enfocada en las imágenes y tatuajes, dos personas respondieron sobre otras formas de dedicar espacios a elementos de la biblioteca. Una de ellas le añade a cada una de sus contraseñas un objeto del mundillo bibliotecario, mientras que la otra cuenta que, durante un tiempo, todas quienes conforman el equipo tenían broches de minibibliotecarias parecidas a ellas.

Y es que es posible encontrar distintas maneras de llevar presente la profesión y el amor por los libros más allá del espacio de la biblioteca.

Algún reservado especial de la biblioteca para "lo que surja"

En la biblioteca existen lugares especiales que pueden ser testigos de momentos únicos, tanto espontáneos como planeados, de encuentros o sucesos secretos, públicos e incluso inconfesables.

Las personas que han respondido a esta cuestión lo han hecho, como es lógico, con plena libertad de interpretación de la expresión "lo que surja".

En algunos casos, el testimonio se ha orientado hacia la intelectualidad ("los intercambios sobre temas y lecturas llegan a resultar tan profundos como los encuentros más íntimos de otro orden: hay admiración mutua, complicidad, intensidad"); o hacia los objetos: "es importante mantener un espacio reservado para materiales que puedan aparecer inesperadamente, para guardar documentos u objetos de los usuarios, dejados en la biblioteca por olvido"; o incluso hacia las propuestas más o menos decentes: "¡claro!, siempre hay sugerencias de lectores y lectoras que nos sorprenden, locuras imposibles que se acaban materializando...".

En otros casos, se han limitado a nombrar ese reservado especial: el auditorio, la Sala Canaria, "entre estanterías", el archivo, el espacio polivalente, el bar, "mi mesa de despacho", los lavabos, "la habitación de los lotes de clubes, mal nombrada *el cuartito del amor*", el estante de libros raros y curiosos, el ascensor, la azotea, el depósito de facsímiles, la sala de formación, "una estantería interna que usamos de mueble bar, precisa-

cuando no hay reservado, todo debe hacerse a la vista, al aire, en bibliotecas "demasiado abiertas". En algún caso, esa apertura se lleva a gala: "nuestra ley es el valor social de la transparencia, así que nada de reservados".

El problema puede ser el tamaño de la biblioteca: "la mía era tan pequeña que no había sitio para casi nada, así que no había ninguna posibilidad de reservado especial para *lo que*



Luisa Mora en la Biblioteca Islámica Félix María Pareja de la AECID (Madrid).

mente para *lo que surja*"; o la taquilla de la bibliotecaria donde *lo que surja* se refiere a provisiones constantes de chocolate negro al 72% de cacao como mínimo.

Una bibliotecaria afirma que existen muchos espacios con privacidad, ya que su edificio se presta a perderse en él.

Pero no son pocos los casos en que se ha manifestado un cierto grado de resignación ante la imposibilidad de disponer de esos reservados especiales: "en esta biblioteca ya no tenemos espacio para nada. ¡Necesitamos un edificio nuevo muy grande!". Por tanto,

surja ni para *lo que no surja* casi todo tenía que estar programado".

A veces la lucha por esos reservados especiales tiene como destinatario al público usuario infantil, como el caso de la bibliotecaria que confiesa que "de momento solo he conseguido poner una cafetera y un tipi en el que los niños y las niñas puedan esconderse de los omnipresentes ojos de las personas adultas: ¡Pero algo es algo!".

O más que un espacio, lo que se reserva es "una caja de latón con monedas chokolinas para dar a los usuarios infantiles".

La primera vez en la biblioteca

Existe un momento que es clave en la vida de las personas bibliotecarias: su primera vez en la biblioteca. Claro que no todas son experiencias positivas ni memorables. Por lo menos esa es la opinión de una de las entrevistadas: “no me dio placer alguno. Hice de botones Sacarino. Recorté, fotocopié y doblé muchos folletos”.

Algunas personas recuerdan las fechas. En mayo de 1985. En diciembre de 1992. Allá por 1991. Mientras que otras recuerdan, más o menos, la edad que tenían: catorce años, siete años, ocho o nueve años, ¿siete o diez años? Y algunas más, la experiencia, como la bibliotecaria que, siendo niña, una mañana de las vacaciones de Navidad, sintió que entraba en el paraíso; o quien, con 14 años, caminó ocho kilómetros para ir a la biblioteca municipal del pueblo vecino, y que rememora así: “me recuerdo de muy pequeña... entré en la biblioteca de mi barrio como en un templo... era chiquita... pero enormemente más grande que la estantería de casa, quería acabarme todas las colecciones; me fastidiaba saltarme el orden y que al entregar un número no estuviera el siguiente”. Y una bibliotecaria recuerda cuando, siendo niña, entró por primera vez en la biblioteca de su escuela: “fue una experiencia única en mi vida. Una mezcla de curiosidad e inspiración. Me sentí como Alicia en el país de las maravillas, frente a un mundo encantado y al mismo tiempo inquietante para mí”.

Además, también existen las historias románticas, como esta: “la primera tarde que mi amor (sin aún serlo) me devolvió la mirada tras los cristales de la puerta”; o las respuestas atrevidas sobre su primera vez en la biblioteca: “la estoy esperando, de momento me conformo con la corrida de *Una mujer desnuda*”.

Y si bien no es lo mismo visitar una biblioteca que trabajar en una, sí es muchas veces un punto de partida. Como en el caso de una bibliotecaria que, de pequeña, fue a la recién inaugurada biblioteca que ahora dirige.

Mientras que, al contrario, otra de ellas recuerda que fue con ocho o nueve años a un edificio triste y oscuro, y no sabe ni cómo consiguió nacer allí su vocación bibliotecaria. Alguien más asegura que, como usua-



ria, se le abrió un mundo, que lleva como trabajadora ya 39 años, y agrega: “fue un día mágico, poder trabajar en una biblioteca”.

Algunas personas comenzaron su trabajo en una época en que todo era manual, no existía la digitalización. Y saben cómo se sentía el estrés por confundir las fichas de la gente con sus tarjetas de préstamo frente a una fila que esperaba, porque no estaban automatizadas. Por ejemplo, una bibliotecaria recuerda que empezó a trabajar día 7 de enero de 1992, y en el municipio había seis bibliotecas. Por la mañana le explicaron cómo funcionaban, y por la tarde abría un servicio unipersonal con apoyo telefónico ocasional.

Otras personas iniciaron su vida bibliotecaria de prácticas. Una de ellas en una biblioteca de un pueblecito pequeño cerca de su ciudad, con montones de ganas de hacer cosas, aprender y de ser útil al público usuario. Otra que declara: “fui feliz. Me pareció una experiencia maravillosa”.

Los primeros días de trabajo también pueden resultar un poco estresantes. Como quien cuenta que empezó sin ordenadores, con un traslado a medias y sin internet; o quien la tuvo que montar desde cero antes de poder comenzar a atender a público. Y la experiencia que relata esta respuesta: "un caos; jueves hora del cuento, sala infantil hasta arriba. Tenía 23 años y fue impactante".

La biblioteca del despacho del padre, la biblioteca escolar, las bibliotecas públicas de Madrid, las bibliotecas universitarias, la Biblioteca del Monasterio de Guadalupe y también la de St. Gallen, en Suiza, la que alguien creó para sí cuando era adolescente. Todas aparecen mencionadas en las respuestas. Y la de Alejandría, con una mirada que no se puede descartar: "la biblioteca de Alejandría pudo ser mi primera biblioteca, por aquello de las vidas pasadas".

Los defectos bibliotecarios más ocultos

No existen las personas perfectas, ni siquiera en la profesión bibliotecaria, a pesar de que una de las respuestas recibidas no deja lugar a dudas: "soy la bibliotecaria perfecta". Pero a nadie le resulta agradable confesar sus defectos, por eso los testimonios ofrecidos en este sentido tienen muchísimo valor, aunque también es cierto que no siempre coinciden lo que quienes nos rodean ven como nuestros defectos con los que cada persona tiene la valentía de reconocer como deficiencias, errores o imperfecciones propias.

Algunos de esos defectos confesados con más o menos ironía tienen que ver con los estereotipos sobre las personas bibliotecarias, por ejemplo, el hecho de no saber chistar fuerte para mandar callar, seguir hablando en voz baja al llegar a casa, querer recomendar siempre algún libro, leer y leer en horario laboral, o el perfeccionismo llevado al extremo.

Muchos de los defectos confesados se refieren a las normas y a los préstamos: "soy humanista, y aunque creo en el orden y en la necesidad de poner normas... las sacrifico todas por una buena atención al público". En este aspecto encontramos diversos matices: desde la manga ancha para perdonar el retraso en las devoluciones, para el préstamo de todos los materiales de la biblioteca o para saltarse "todas las normativas", hasta el exceso de rigidez para hacer cumplir las reglas inflexibles, llegando incluso a admitir ser "la poli mala". Algunas bibliotecarias también confiesan que se llevan libros sin prestar o "la acumulación indecente de libros en mi carné". ¿Puede algu-

na bibliotecaria saltarse la norma de no pintar y colorear las páginas de los libros cuando descubre algo interesante o nuevo? Por supuesto que sí.

Otra categoría de defectos son las relacionadas con las características o las obsesiones personales: equivocarse a menudo, no saber decir que no, "la ignorancia y ser mala lectora", la obsesión por los encabezamientos de materia o por el orden. El orden que traspasa las fronteras del lugar de trabajo: "mi defecto bibliotecario que no es para nada oculto es el orden alfabético y la ordenación por CDU (desde hace años estoy realizando la catalogación para las bibliotecas y me he llevado a casa el método de trabajo)". Pero no solo a casa: "ir a una librería y enfadarme por el orden de los libros en los estantes... ¿cómo se aclaran sin CDU?". El dichoso orden lleva a algunas personas a criticar a quien no lo mantiene o a corregir lo que hacen sus compañeras.

Hablando de obsesiones, hay un usuario de una biblioteca que escribe la letra a con un tamaño muy reducido en la portada de cada libro que se lee, y ¿qué hace la bibliotecaria? Buscar esa y otras marcas de lectura que algunas personas dejan en los libros leídos.

Capítulo aparte merecen los odios o inquinas viscerales: hacia la gente con aires de superioridad, hacia los padres y las madres del público infantil, o hacia el sector estudiantil: "odio a los estudiantes que solo vienen a calentar la silla y a valorarnos con una estrella porque, ¡uh!, hablamos con los que sí son socios y retiran libros. Me reitero. Los odio".

¿Hay tareas obligatorias que no motivan nada a quienes trabajan en una biblioteca y que a veces quedan relegadas? La respuesta afirmativa es múltiple: las estadísticas, la colocación de libros (sobre todo en las estanterías "de abajo del todo"), el expurgo, tener que realizar alguna compra forzosa para gastar presupuesto, la catalogación, la burocracia y el proceso administrativo en general.

Infidelidades a la profesión bibliotecaria

No pocas personas que han ofrecido su testimonio para este reportaje declaran su fidelidad absoluta e inquebrantable a la profesión bibliotecaria "hasta la muerte o jubilación". Incluso una de ellas cuenta que ya era bibliotecaria a los nueve años en el colegio. Pero no son la mayoría.

Existen quienes se consideran infieles porque descargan libros piratas, leen en digital, compran libros, usan otras bibliotecas, o se saltan "en alguna ocasión" los derechos de autor. También hay

quien asegura no haber leído casi ningún libro entero de los que hay en la biblioteca en que trabaja, y alguien más que se salta las normas para ayudar: “alguna vez me he *prestado* libros para alguna persona de confianza que no tenía carné de la biblioteca y los necesitaba con urgencia. Era consciente de que el usuario tenía que hacerse el carné de préstamo, pero para mí era más importante que aquella persona pudiera llevarse el libro”.

Otro tipo de infidelidades declaradas con la profesión es el interés en temas de estudio o trabajo diferentes. Alguien señala que ha trabajado de camarera a veces para llegar a fin de mes, una persona quiere ser profesional de ciencias políticas e internacionales, hay una posible librera y una eventual documentalista, una *instagrammer* de moda, una extrabajadora de

trar en especificaciones. Solo declararon que eran “muchas”. Entre ellas, explicar un libro sin haberlo leído, no sancionar jamás, y el deseo de pasar alguna tarde en un despacho, lejos de los usuarios. Pero algo importante es cierto, y es que las infidelidades confesadas nunca han llegado a ser permanentes. Como en el caso de esta bibliotecaria: “confieso que abandono el mostrador por la barra del bar; pero siempre acabo volviendo”.

Situaciones “extraordinarias” en la biblioteca

En palabras de una profesional bibliotecaria, el relato de situaciones extraordinarias (con y sin comillas) en su biblioteca “da para escribir un libro en varios volúmenes”. Hay muchas curiosidades en las respuestas a esta cues-



librería, una decoradora e interiorista, y bibliotecarias con intereses diversos: pintura, cestería, comunicaciones, mundo editorial y archivística. Una de ellas también cuenta que, “en otros tiempos, lo compaginaba con trabajos de actriz en una compañía de teatro clásico”.

Existe además una norma que se rompe habitualmente: el silencio. Como señala una de las personas encuestadas: “nunca me gustó estudiar en la biblioteca, para mí era un lugar de disfrute, no de sufrimiento. Creo que las bibliotecas públicas, hoy más que nunca, necesitan cierta dosis de jaleo. Los estudiantes impiden ese jaleo y es que en realidad el estudiante no necesita toda la biblioteca, solo zonas o salas de estudio”.

Y hay tantas infidelidades con la profesión, al parecer, que varias personas prefirieron no en-

tión, pero lo más llamativo es comprobar el alto porcentaje de testimonios que reconocen que las situaciones extraordinarias son algo cotidiano, literalmente: “el día a día muchas veces es extraordinario. Usuarios que te quieren liar, otros que te felicitan y ofrecen regalos, algún que otro insulto también te llevas. Cada día es extraordinario si vas a trabajar con ilusión”.

Está claro que donde conviven personas ocurren sucesos llamativos o peculiares: un ataque epiléptico, encuentros amorosos, robos, visitas entrañables, discusiones muy fuertes, el nacimiento o el punto final de relaciones amorosas, una persona rezando el rosario, un baile encima de la mesa, un cambio de ropa en público... y así podríamos seguir. Pero debemos admitir que algunos sucesos son más impactantes que otros, como cuando una

mujer perseguida se refugió en la biblioteca; o cuando la bibliotecaria tuvo que cambiar pañales de bebés porque los monitores no sabían; o cuando pasó por la puerta un hombre desnudo; o cuando un usuario le pidió a la bibliotecaria que le hiciera un justificante para llevar al trabajo diciendo que había estado en el urólogo, ¡con sello y todo!

El catálogo de situaciones extraordinarias vividas por alguna bibliotecaria es, sin duda, de lo más variopinto: “el despertar de amores adolescentes, besos furtivos, exhibicionistas descargando pornografía en el portátil, gatitos abandonados, usuarios borrachos lanzando libros por el suelo, usuarios que se nos han *más* que insinuado, y usuarios encantadores que nos regalan bombones y flores. Y una concejala de cultura quejándose de que «en esta biblioteca no compran libros de youtubers»”.

Algunas vivencias pueden ser reconfortantes: “una tarde a la hora de cerrar vino una usuaria y nos pusimos a hablar, se nos hizo tardísimo y un chico vino a ver si me había pasado algo porque estaba con un grupo en la plaza y viendo la luz encendida de la biblioteca le dijeron que subiera a ver qué me pasaba. Lo extraordinario fue que el grupo en cuestión cada tarde me molestaba y armaba alboroto dentro y fuera de la biblioteca, pero en cuanto pensaron que podía estar en apuros acudieron a ver si necesitaba ayuda”.

Otras experiencias extraordinarias pueden ser realmente inquietantes: “me ha pasado de todo, desde llamar la atención por masturbarse, que te roben el codo del lavabo en los baños, hasta un ataque de epilepsia, o que alguien te pregunte por los cupones recortados del periódico y te diga que sospecha que es una conspiración masónica..., encontrar preservativos usados en los baños”. Por desgracia, a veces hay incluso que recurrir a las fuerzas de orden público: “sí, una vez un hombre estaba en la sección infantil mirando cómics y lo que estaba mirando era a las niñas que estaban allí. Terminé echándolo y llamando a la policía”.

Cambiando de tercio, otro tipo de vivencia fuera de lo común han sido los extraordinarios cambios tecnológicos que la biblioteca y sus profesio-

nales han experimentado en las últimas décadas: “pasar del fichero al catálogo, a solo un clic el texto completo...”.

Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que la propia existencia de las bibliotecas es algo extraordinario, en el sentido de maravilloso o asombroso, con pequeños o grandes milagros que a veces pasan desapercibidos, como el de “los no lectores que acaban siendo grandes lectores”, o como la atención a las distintas necesidades de todo tipo de personas: “extraordinario es que llegue un iraquí o un palestino, le invite a visitar nuestro fabuloso depósito de libros y encuentre a autores y lecturas de referencia del país que tuvo que abandonar como exiliado en circunstancias trágicas; conservar la memoria une a los pueblos”.

A veces lo extraordinario debería no serlo tanto: “me resulta extraordinario que en mi biblioteca exista un teatro que ha contribuido a considerar a las artes escénicas como otra forma de leer. No entiendo que no se vea así desde las administraciones que poco a poco intentan la mercantilización de la exhibición artística”. Otras personas que nos han ofrecido su testimonio han entendido el término *extraordinario* en el sentido de algo fuera de toda lógica: “lo más extraordinario es que tenemos justo encima, en el piso de arriba, los bailes de salón y la gimnasia para mayores, con altavoz y micrófono incluidos”.

Debemos admitir que no todo es de color de rosa en los equipos bibliotecarios, lo que queda patente en que una persona considere algo extraordinario el hecho de “que nunca mis compañeras o jefa me hayan agradecido algún trabajo hecho para favorecerlas”. Pero también hemos recibido testimonios en sentido contrario, como este: “compañerismo y sororidad son valores muy presentes en nuestro quehacer diario en la biblioteca y que, sinceramente, no he visto que abunden en otros entornos laborales en los que he trabajado previamente”.

Efectivamente, con los relatos de las vivencias o situaciones extraordinarias en las bibliotecas se podría completar un libro en varios volúmenes, pero, lamentablemente, ya no nos queda más espacio en este reportaje. Ahora toca ya recoger las ropas y volver a vestirse. ▀